Para siempre



ALAN DURANT • DEBI GLIORI

al sol solito



Nutria, Topo, Zorro y Liebre
vivían juntos en una casa del bosque.
Nutria cocinaba platos riquísimos.
Topo reparaba y mantenía la casa.
Liebre cuidaba de las flores
del jardín y del huerto.

¿Y Zorro?
Zorro era el que más trabajaba:
se ocupaba de que todo funcionara bien.
Siempre daba buenos consejos
y tenía palabras de ánimo.
Para ellos, era el padre
de la casa.

Eran una familia feliz y todos
se querían mucho.

Pero un día, Zorro enfermó,
fue adelgazando y estaba triste.
Una mañana se fue solo al bosque
y no volvió.



Sus amigos lo encontraron debajo
de un roble, quieto, frío y cubierto de hojas.

Con tristeza, lo llevaron a casa y por la noche,
a la luz de la luna, enterraron a Zorro
en su lugar favorito, debajo del sauce.
El árbol derramó sus hojas sobre él.
Nutria, Topo y Liebre también lloraron
mientras le decían adiós.



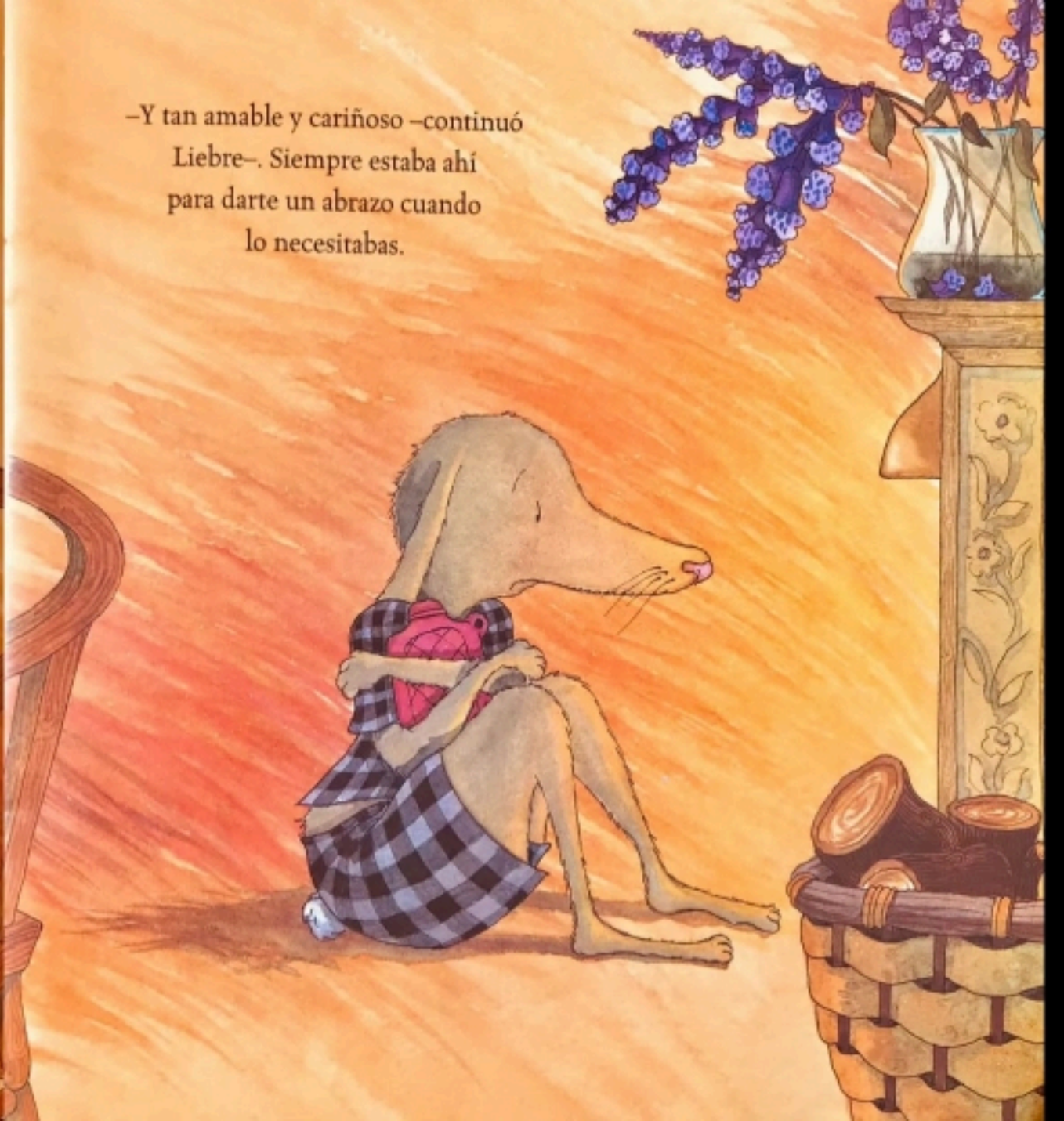


Una gran tristeza se apoderó de la casa del bosque.
La familia de Zorro le echaba muchísimo de menos.
Sin él, se sentían perdidos.
–Era tan sabio –dijo Nutria–. Cuando
tenía un problema, Zorro siempre
me daba buenos consejos.



–Y tan inteligente –añadió Topo–.
Podías preguntarle cualquier cosa
que siempre sabía la respuesta.

–Y tan amable y cariñoso –continuó
Liebre–. Siempre estaba ahí
para darte un abrazo cuando
lo necesitabas.





Recordar todas esas cosas
que tanto apreciaban de Zorro
hizo que la familia lo echara aún
más de menos. Incluso al hablar
de él, se les encogía el corazón.
Por eso se hizo el silencio.

Así siguieron, día tras día, noche tras noche.
En la casa del bosque sólo había lugar para la tristeza.
La nieve llegó y se fue.
Los árboles volvieron a llenarse de hojas.



Una tarde de primavera apareció Ardilla.
–¿Dónde os habéis metido? –preguntó–. Vuestros amigos
os hemos echado mucho de menos.
–Estábamos demasiado tristes para salir –respondió Topo.
–Echamos mucho de menos a Zorro –explicó Liebre.
–Nosotros también –dijo Ardilla–. Pero la vida continúa.



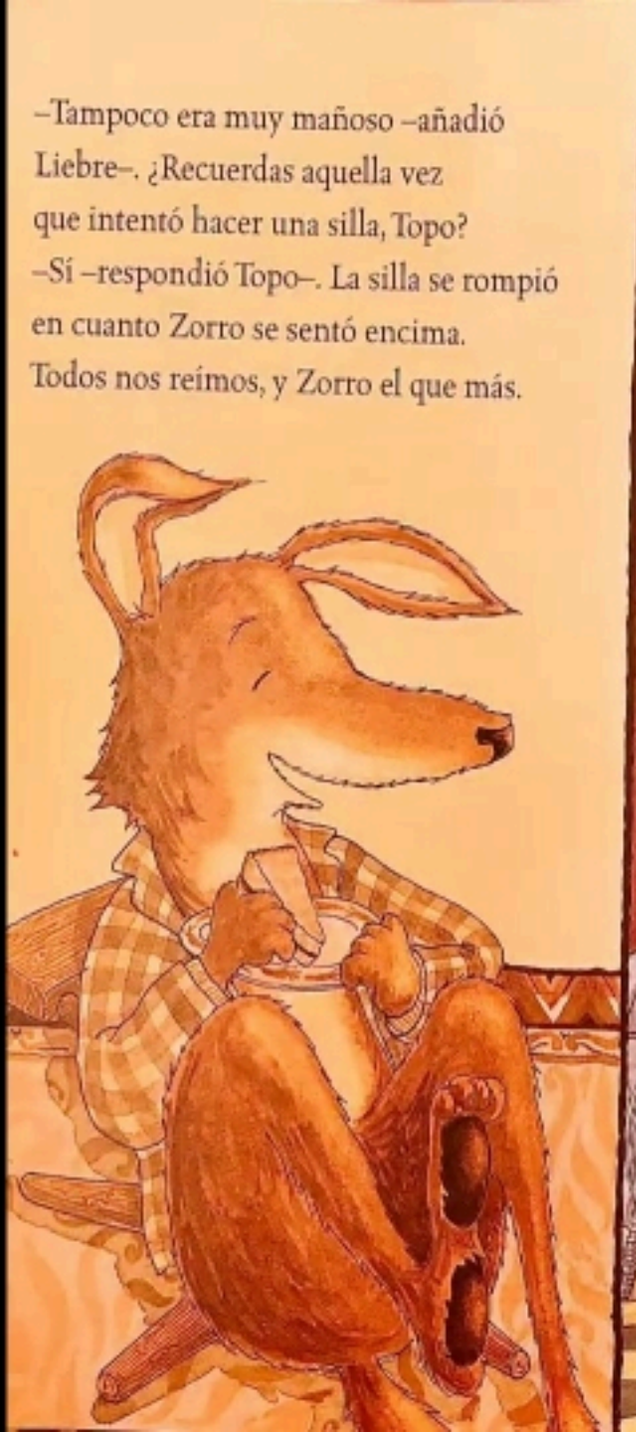
–Sin Zorro es muy difícil –dijo Nutria,
y empezó a llorar. Topo y Liebre también empezaron
a llorar. Ardilla intentó consolar a sus amigos,
pero no sirvió de nada.
A pesar de todo, estaban tan contentos
de volver a ver a su amiga, que la invitaron a cenar.



Nutria preparó una comida de verdad
por primera vez desde hacía siglos.
–Tiene muy buena pinta –exclamó Ardilla.
Se sentó en la silla y sonrió.
–¿Sabéis? Hay una cosa
que no echo de menos de Zorro,
y es su manera de cocinar –dijo.

–¿Os acordáis de aquella horrible tortilla
de patata que preparó?
–Sí –asintió Nutria, y también sonrió
al recordar la tortilla de Zorro–.
–Las patatas estaban crudas
y el huevo, quemado. Era
un cocinero horroroso.

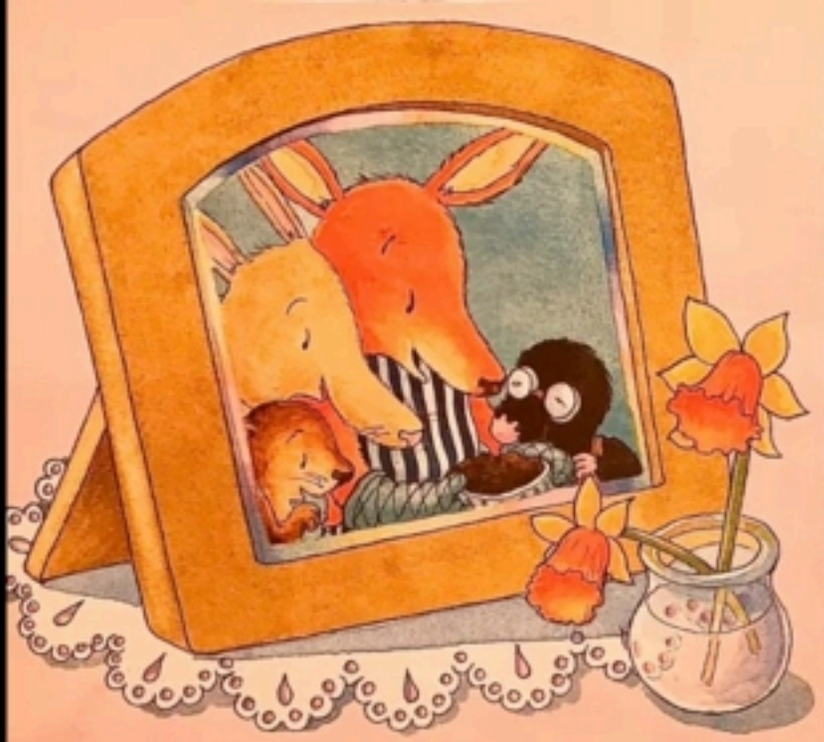
–Tampoco era muy mañoso –añadió Liebre–. ¿Recuerdas aquella vez que intentó hacer una silla, Topo?
–Sí –respondió Topo–. La silla se rompió en cuanto Zorro se sentó encima. Todos nos reímos, y Zorro el que más.



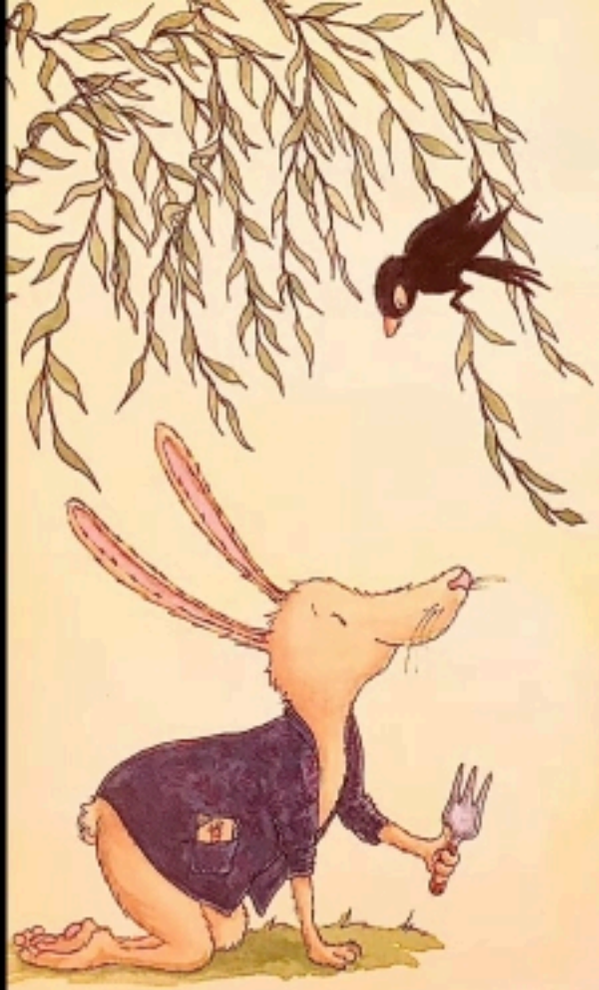


–¿Y aquella vez que te pusiste enferma, Liebre, y Zorro tuvo que quitar las malas hierbas? –dijo Topo–. ¡Se equivocó y arrancó todas las zanahorias!





Al recordar esas cosas tan divertidas,
todos rieron. Hacía mucho tiempo
que Nutria, Topo y Liebre no reían.
Antes de que Zorro enfermara,
la casa siempre estaba llena de risas.
A Zorro le encantaba reír.



–¿Sabéis qué? –dijo Liebre después
de un rato–. Voy a hacer
un jardín especial para Zorro
debajo del sauce –sonrió–.
Y plantaré zanahorias.





–Y yo construiré un banco
para sentarnos –dijo Topo.



–Pues yo cocinaré la tortilla de patata
de Zorro una vez al mes –añadió Nutria.
–Sí, pero no la quemes –indicó Ardilla.
–Claro que no –respondió Nutria–.
La haré exactamente como
le gustaba a Zorro.
Y eso fue exactamente lo que hicieron.





Y se acostumbraron a sentarse
en el jardín de Liebre, en el banco
de Topo, con los estómagos
llenos del tortilla de patata
de Nutria, recordando
los buenos tiempos.
Y mientras reían,
les parecía oír a Zorro
riendo también,
como si todavía
estuviera allí
con ellos.

Y en sus corazones, en su memoria
y en su sonrisa, Zorro seguía allí,
formando parte de la familia,
el padre de la casa...
...para siempre.